



SERIE *TIEMPO DE BUSCAR*

CUANDO  
**PERDONAR**  
PARECE IMPOSIBLE



# CUANDO PERDONAR PARECE IMPOSIBLE

por Tim Jackson

**H**ace poco recibí una carta perturbadora. El remitente decía: «Satanás me mantiene agitada con pensamientos malignos y vengativos hacia mi familia. Crecí siendo víctima de abuso emocional todo el tiempo, incluso de joven adulta, hasta que me casé. A veces era horrible. Llevaba la estigma del odio y los celos de mis padres. Constantemente me criticaban por todo lo que hacía. Nunca me alentaban. Hasta el día de hoy me despierto con pesadillas de vengarme. Si soy una buena cristiana, ¿no debería poder perdonarlos y librarme de este terrible dolor después de todos estos años? ¿Cómo puedo aprender a perdonar de manera que no sienta esta ira siempre que estoy cerca de ellos? Por favor, ¡ayúdeme!»

La persona que escribió esa carta no es la única que lucha con el perdón. Conozco a un hombre cuya esposa tuvo una aventura amorosa, el cual no puede perdonarla por haber traicionado su confianza. Él trata de salvar la relación rota,

Título del original: *When Forgiveness Seems Impossible*  
Foto de cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.  
© 2001, 2008 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-58424-019-8  
SPANISH

Printed in USA

pero el temor, la desconfianza y la rabia socavan sus esfuerzos una y otra vez.

Luego está la persona que chismea a sus espaldas. Un asunto personal que usted le confió se ha convertido en un jugoso bocado que va de boca en boca por todas las líneas telefónicas del vecindario, y por las mesas de los comedores de oficinas. Primero usted se siente herido, luego traicionado y luego enojado. La herida es tan dolorosa como si le hubieran dado una puñalada. Después empieza a sentirse vengativo. Una persona en quien usted confiaba le ha hecho daño, y ahora usted va a buscar la manera de hacerle pagar por el daño que le ha hecho. Lo que usted más lejos tiene en la mente es el perdón.

**Entonces, ¿qué significa perdonar?** ¿Qué le viene a la mente cuando piensa en la palabra *perdón*? ¿Olvidar? ¿No más dolor? ¿No más ira? ¿Que es algo

olvidado? ¿Disculpar a alguien? ¿Injusticia?

Permítame decir desde ya que yo creo que el perdón es una de las doctrinas menos entendidas de la vida cristiana. Muchos creen que el perdón exige de nosotros que liberemos a los demás incondicionalmente de sus errores pasados. Asumen que para amar tenemos que perdonar. Otros dicen que «perdonan por su propio bien», actitud que aboga por el perdón como medio de liberarnos a nosotros mismos del cáncer de la amargura y el fuego de la ira. En muchas maneras distintas, el perdón se ve, por tanto, como una oferta incondicional que dice: «No importa lo que me hayas hecho: te perdono».

Sin embargo, los resultados del perdón incondicional no son tan positivos como muchos creen. Uno se estremece al pensar en una esposa que ofrece perdón a un esposo alcohólico impenitente que

la ha golpeado en privado y humillado públicamente con sus aventuras sexuales.

¿Es ese perdón la clase de amor que su esposo necesita? ¿Es lo mejor para él que ella lo libere de responsabilidad por las violaciones maliciosas de sus votos matrimoniales?

Yo creo que las Escrituras enseñan que si debemos perdonar o no depende de nuestra respuesta a la pregunta: «¿Qué requiere el amor cristiano?» La respuesta, a su vez, depende de las circunstancias en las cuales hacemos la pregunta. A veces el amor requiere que digamos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). A veces el amor nos exige perdonar una y otra vez (Mateo 18:21-22). Y otras veces el amor nos exige retener el perdón por el bien de aquel que nos ha hecho daño.

## DEFINICIÓN DE PERDÓN

**E**n toda la Biblia, el perdón conlleva la idea de «liberar», «enviar lejos» o «soltar». La palabra griega que a menudo se traduce «perdón» se usó para indicar liberación de un oficio, matrimonio, obligación, deuda o castigo. La idea de una deuda o algo que se debe es inherente al concepto de perdón.

Por tanto, en términos bíblicos, el perdón es la *cancelación voluntaria y por amor de una deuda*. Es la liberación a la que Jesús se refirió cuando, durante un momento en que enseñaba en casa de Simón el fariseo, comparó el perdón con la cancelación de una obligación económica (Lucas 7:36-47). Mientras cenaba allí, Jesús recibió la visita de una prostituta quebrantada y arrepentida. Ella dio rienda suelta a sus emociones. Expresando un profundo

amor al Señor, le lavó los pies con sus lágrimas, los secó con su pelo y los besó, y derramó un caro perfume sobre ellos (vv. 37-38). Lucas dice que Simón se enfureció y pensó para sí que si Jesús era profeta, debía saber la clase de mujer que lo tocaba.

Como respuesta a la reacción de Simón, Jesús contó la siguiente historia:

*Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios [el salario de un año y medio], y el otro cincuenta [dos meses de sueldo]; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado (Lucas 7:41-43).*

El punto es que el pecado produce una deuda que debe ser cancelada o perdonada. Mientras más conscientes somos de cuánto hemos

sido perdonados, más amor sentiremos hacia aquel que cancela la deuda.

## EL PATRÓN DEL PERDÓN

**E**n Lucas 17:3-4, Jesús dio a sus discípulos un patrón para perdonar a los que pecaran contra ellos. Dijo:

*Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale (vv. 3-4).*

Examinemos las cinco partes del patrón de perdón que Jesús bosquejó.

### PRIMERA:

**La ofensa.** ¿Cuál es la ofensa o el pecado cometido contra nosotros al que Jesús nos dijo que respondiéramos? Aunque no fue específico,

debemos recordar que el pecado se puede definir como toda falta de amor. En otra ocasión, Jesús resumió toda nuestra obligación con Dios y con los demás llamándola una deuda de amor (Mateo 22:37-40). Pablo hizo lo mismo cuando dijo:

*No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros... (Romanos 13:8).*

Sin embargo, identificar el pecado de Lucas 17:3-4 como *toda* violación al amor suscita preguntas. ¿Nos estaba enseñando Jesús a confrontarnos unos a otros por toda falta de amor? ¿O nos estaba enseñando a lidiar con violaciones de amor que, de no lidiarse con ellas, dañarían la relación y nos convertirían en personas indiferentes a los intereses de la parte ofensora?

Si nuestra comprensión del amor paciente y cristiano nos dice que Jesús estaba hablando de ofensas *significativas*, tenemos que

tener cuidado de no cerrar los ojos a pecados que son más graves de lo que queremos creer. Por naturaleza, todos tenemos una capacidad ilimitada de racionalizar. Todos nos inclinamos a restar importancia al canceroso impacto que las ofensas cotidianas tienen en nosotros y en nuestras relaciones.

La negación del dolor es una forma común de autoengañarse. Hacemos de cuenta que las cosas realmente no duelen tanto, o nos decimos que somos demasiado sensibles. Una relación empieza a romperse con una pequeña abertura, y ésta crece de manera sostenida hasta el punto en que no existe una verdadera cercanía. Entonces seguimos la farsa diciendo simplemente: «¡Qué caray! La gente cambia». Perdemos la oportunidad de experimentar el gozo del amor honesto, el perdón y la reconciliación.

El pecado es un problema continuo que erosiona la confianza y la intimidad para las cuales fuimos hechos. Por tanto, el perdón es una necesidad continua para lidiar con los pecados que cometemos contra los demás. No sólo necesitamos perdón, sino que necesitamos ser perdonados por aquellos a quienes hemos hecho daño.

## **SEGUNDA: La confrontación.**

Después de sentir la punzada de una ofensa, una persona herida tiene la responsabilidad de actuar. Jesús dijo: «Si tu hermano pecare contra ti, repréndele» (Lucas 17:3). Puesto que la palabra *reprender* suena dura, hemos de recordar que todo lo que Jesús enseñó debe entenderse conforme al principio y la motivación del amor piadoso. La *reprensión* que Él pedía será, pues, por el bien de aquel que nos ha hecho daño.

Un significado de la palabra griega que Jesús usó para *reprender* fue «honrar» o «dar el debido peso o valor». Ese uso muestra por qué la misma palabra se podría usar en el sentido de «increpar, reprender, amonestar o censurar severamente». Hacer que la gente sea responsable de sus actos es una forma de honrarla. Eso demuestra que son lo suficientemente importantes como para que tomemos sus acciones en serio.

Sin embargo, debemos tener en cuenta desde el principio que la pregunta decisiva tiene que ser: «¿Qué requiere el amor cristiano?» A veces no procede una *reprensión* directa. Otras veces podemos orar como lo hizo nuestro Salvador en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34; véase también Hechos 7:60). Ese amor puede cubrir «multitud de pecados» (1 Pedro 4:8) que están por

encima de la capacidad del ofensor de comprender en el momento. Esto pasa muchas veces con los niños pequeños, los que son inmaduros espiritualmente, o los que no tienen el Espíritu de Cristo. Sin embargo, reiteramos, debemos tener cuidado de que nuestra misericordia sea lo mejor para la otra parte, y no sólo un esfuerzo engañoso para evitar la confrontación.

Si lo que se necesita es una confrontación hecha en amor, puede ser suave. La reprimenda que Jesús pidió a veces no va a requerir más que una mirada o un toque de amor. En otras ocasiones, una pregunta sencilla como: «¿Sabes cómo me hace sentir esto?», o una afirmación como: «Significas demasiado para mí como para ignorar lo que hiciste» pueden ser las únicas reprimendas necesarias.

Pero a veces, la naturaleza de la ofensa y la actitud del ofensor exigen una respuesta

más directa como: «Tengo que hacerte saber lo mucho que me has herido. Tienes que saber lo que esto le ha hecho a nuestra relación. Siento que has traicionado mi confianza».

A veces la confrontación llega a acusaciones legales e incluso encarcelamiento. Pero nada es peor para el ofensor que el que se le permita seguir en su pecado sin que nadie lo desafíe ni se preocupe por él hasta el punto en que lo lleve al juicio de Dios.

Las Escrituras dan ejemplos de las distintas clases de reprimendas que se necesitan. Está el ejemplo de Natán, el cual halló una manera creativa de confrontar al rey David por los pecados de adulterio y homicidio (2 Samuel 12:1-14). También tenemos el ejemplo de Cristo, quien, con una palabra suave, hizo saber a su amiga Marta que estaba tan obsesionada tratando de ser una buena

anfitriona que no tenía tiempo para Él. ¿Quién podría dudar del tierno amor del Maestro que dijo:

*Marta, Marta,  
afanada y turbada  
estás con muchas cosas?  
(Lucas 10:41-42).*

Es evidente la necesidad de confrontar en amor. Los problemas de relaciones sin resolver pueden dar como resultado una distancia inexplicada y frialdad. Se rompe la confianza mutua, se alimenta el temor y la evasión, y si no se lidia con ellos, pueden dejar a la parte ofensora libre para seguir sin que tenga que rendir cuentas. No hacer a una persona responsable de sus actos en realidad la anima a repetir el mismo patrón de conducta una y otra vez.

Esto es así ya sea que estemos hablando de ofensores sexuales, ladrones, mentirosos, chismosos o personas que no cumplen sus promesas. Seguirán practicando su hábito

hasta que alguien los ame lo suficiente como para desafiarlos.

Ya sea la confrontación dura o suave, debemos tener cuidado siempre. Las reprensiones hechas en amor no deben hacerse fácil ni rápidamente. Algunas personas se deleitan en «poner al otro en su sitio». Eso no fue por lo que Jesús abogó. Una reprensión considerada debe hacerse en el momento adecuado y estar ajustada a las necesidades de la persona. Una persona sabia debe poder interpretarla correctamente como un regalo de amor que tiene la intención de edificar y no de destruir (Efesios 4:29). Lo ideal es que la corrección venga de alguien con quien se haya establecido cierto nivel de relación. Es más probable que las reprensiones se escuchen cuando proceden de los labios de alguien que se considera un amigo y no un enemigo (Proverbios 27:6).

El propósito de hacer una reprensión en amor merece una cuidadosa consideración. Debe ofrecerse con el deseo de llevar a los ofensores al conocimiento de su pecado de manera que tengan la oportunidad de comprender claramente lo que han hecho, asumir la responsabilidad del mismo, y cambiar su curso de acción examinando las creencias internas que han ocasionado su conducta.

La disposición a ser honestos en amor con alguien que nos ha hecho daño requiere sabiduría y valor. Se necesita sabiduría para saber cuándo hablar y cuándo callarse. Se necesita valor porque no hay forma de predecir cuál será el resultado. A veces, todos los mejores esfuerzos de mostrar amor se reciben con las peores expresiones de ira, negación y evasión.

Por tanto, necesitamos estar listos para aceptar el peor o el mejor de los casos.

Nuestra meta no es sólo eliminar el dolor que ha venido a la relación, sino hacer lo que requiera el amor cristiano.

Puesto que no hay promesas en cuanto a cómo van a resultar las confrontaciones, la necesidad de valor puede ser un obstáculo práctico a nuestra obediencia a Cristo. Sin embargo, en Lucas 17 Jesús también habló de nuestros temores. Nos aseguró que Dios mismo nos capacitaría para ser obedientes si le damos la menor cantidad de fe.

Jesús aseguró a sus discípulos este poder que Dios da de una forma inusitada. Cuando expresaron asombro por lo que Él les estaba diciendo acerca de las reprensiones y el perdón, Jesús les habló de «jardinería sobrenatural». Señalando un sicómoro les dijo que con la fe del tamaño de una semilla de mostaza, podían desarraigar el árbol

(17:6). Luego prosiguió diciéndoles que el papel de los siervos es hacer lo que se les ordena (Lucas 17:7-10).

La interpretación de las palabras de nuestro Señor depende de la comprensión de la fe. La fe cristiana no se define como algo que cree lo que queremos creer. *Es creer lo que Dios ha dicho*. Si Dios dice que quiere que un árbol se desarraigue, se necesitará la menor cantidad de fe de nuestra parte para ver que sucede. El poder de Dios hará la obra.

Pero en Lucas 17:1-10, Jesús no nos estaba diciendo que el poder de Dios nos apoya para mover árboles. Más bien nos dijo que el cielo nos apoya para capacitarnos para andar en medio del difícil y temible proceso de confrontar y perdonar las ofensas personales.

Pero no nos adelantemos. Aunque es importante que nos acordemos de que Dios puede capacitarnos para hacer lo que sea

necesario para confrontar y perdonar, es igual de importante ver que Jesús hizo del arrepentimiento una condición previa al perdón.

### **TERCERA:** **El arrepentimiento.**

Jesús no enseñó el perdón incondicional en Lucas 17. Él dijo:

*Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale (vv. 3-4).*

Arrepentirse significa «cambiar de parecer». En sí mismo, el arrepentimiento no significa vencer el pecado y pasarlo a la historia. El arrepentimiento se refiere específicamente al cambio de corazón y mente necesario para que haya una verdadera variación en la conducta.

Tal arrepentimiento es esencial en el patrón de

perdón de Cristo. Él dice claramente que los que pecan contra nosotros deben ser llevados al punto en el que admitan que no amaron como debían.

Aunque los ofensores no pueden «recoger la leche derramada», pueden ayudar a limpiar lo que han ensuciado. Pueden admitir su falta y luego ofrecer evidencia de que su arrepentimiento es verdadero. Cuando ofendemos a los demás podemos admitir nuestra falta y hacer lo que podamos para restituir el daño. Podemos ayudar a los que hemos hecho daño asegurándoles que no teníamos excusa para hacer lo que hicimos.

Aunque a veces es imposible saber si el arrepentimiento es verdadero, podemos buscar evidencias. Podemos esperar que una persona verdaderamente arrepentida confiese el mal, que no ofrezca excusa por su pecado, que humildemente

suplique misericordia, y que tranquilamente acepte las consecuencias. Esa fue la respuesta del rey David, el hombre cuyo corazón era conforme a Dios y recibió Su perdón, pero pagó un horrible precio en la muerte de su hijo, la discordia de su familia y el disturbio nacional (2 Samuel 12:13-23).

A veces el arrepentimiento es imposible. El ofensor puede haber muerto. En esos casos, sólo podemos «liberar» al ofensor y dejarlo en manos de Dios en actitud de oración y con misericordia.

#### **CUARTA:**

**El perdón.** Recuerde la definición: *el perdón es la cancelación voluntaria y por amor de una deuda.* El perdonarse mutuamente quita los obstáculos a una relación honesta de amor y crecimiento. Elimina las razones para la evasión, la distancia y la frialdad.

Cuando lidia con una ofensa, un corazón

perdonador puede decir justamente: «Ya no voy a tener esto en tu contra. Me doy cuenta de que sabes que me has herido y que no estuvo bien que lo hicieras».

Por otro lado, puede ser necesario retener ese perdón por amor si no hay evidencia de arrepentimiento. En el culto de adoración, la iglesia podría negarse a servir la Santa Cena a esa persona. En un matrimonio, el perdón retenido podría involucrar negarse a actuar como si nada hubiera pasado. En una amistad, un problema consciente y sin resolver puede dar como resultado la retención de la comunicación, o lo que sea necesario para dejar que la otra persona sepa que la ofensa es de tal naturaleza que ha quebrantado la confianza. En circunstancias de empleo, las faltas no perdonadas pueden dar como resultado la retención de promociones o de aumentos de sueldo para

que el empleado sepa en qué pie está parado.

---

***No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.***

—Gálatas 6:7-8

---

Es fácil asumir equivocadamente que el que retiene el perdón es el culpable de los problemas en una relación. Eso es cierto únicamente si el ofensor ya ha mostrado alguna

evidencia de arrepentimiento. Hasta entonces, hay que mantener la atención en aquel que rehúsa aceptar lo que ha hecho mal.

Sin embargo, al mismo tiempo debemos también recordar que no es correcto que las personas ofendidas retengan el perdón si no han estado dispuestas a ofrecer la confrontación honesta y en amor que Cristo pide. El perdón se puede retener justamente sólo si dicha acción está motivada por amor cristiano, la clase de amor que se preocupa lo suficiente como para realizar la difícil tarea de hacer saber que hay un problema que está amenazando la relación.

No obstante, el perdón no significa que ignoremos las consecuencias del pecado perdonado. El amor que se siente hacia una persona que ha abusado de un niño, un ladrón, un alcohólico o uno que abusa de las drogas significa que

se ejerza precaución para evitar colocar a esa persona en circunstancias que apelen a su debilidad o pongan en peligro a los demás.

Al perdonarnos, el mismo Dios no suspende la ley natural de la «siembra y la cosecha». En Gálatas 6 Pablo escribió:

*No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna (vv. 7-8).*

Dios no perdona de manera que se puedan eliminar todas las consecuencias de nuestro pecado. Perdona para que podamos disfrutar el hecho de que nos acepta por amor. Perdona para ofrecernos una relación a pesar de las pérdidas ocasionadas por nuestro pecado. Quitá la

culpa y la vergüenza eternas, pero no todas las cicatrices y consecuencias con las que tenemos que vivir.

## **QUINTA:**

**La restauración.** Cuando ha habido una separación en una relación y las cosas se corrigen a través del arrepentimiento y el perdón, hay un momento maravilloso de liberación que las palabras no pueden describir.

---

### *A Dios le encanta perdonar.*

---

La mayoría de nosotros hemos tenido momentos de tensión en una relación con un amigo o familiar, momentos tan pesados que se podía cortar el aire con un cuchillo. En muchos casos, el problema no era lo que consideraríamos un pecado imperdonable. Sin embargo, hasta en los dolores y problemas diarios de las relaciones, la confesión, el

perdón y la restauración pueden ser una fuente maravillosa de renovación y gozo.

Puedo recordar claramente la tensión que causé en mi relación con mi esposa una mañana de primavera. Estaba terminando mi último año de postgrado y tenía poco tiempo para completar uno de mis proyectos finales de investigación. Mi trabajo nocturno me mantuvo trabajando tiempo extra durante varias semanas, o sea que me sentía presionado a terminarlo en el poco tiempo que me quedaba. Un domingo en la mañana decidí quedarme en casa.

Ese domingo en particular era el primer Día de las Madres para mi esposa. Habíamos esperado ocho años para tener nuestro primer hijo. Aquel era un acontecimiento importante para ella. En la iglesia honraban a las madres, les pedían que se pusieran de

pie, y les daban una flor. Pero yo no me encontraba allí para honrarla. Estaba concentrado en mi proyecto de investigación.

Nunca olvidaré la mezcla de dolor, vergüenza e ira que vi en sus ojos cuando regresó a la casa. Llorando rompió la flor y la tiró. Yo me quedé pasmado, en silencio. La había herido, no siendo abusivo conscientemente, sino por haber sido insensible e ignorar sus necesidades. Perdí una oportunidad de honrarla. Nunca más se iba a repetir el primer Día de las Madres. Yo no podía cambiar lo que había hecho.

Con lágrimas en los ojos me acerqué a ella y le pedí disculpas. Mi falla era obvia. Le pedí perdón. Conversamos, nos abrazamos y lloramos. El trabajo de investigación ya no parecía importante. Ella me ofreció el generoso regalo del perdón que abrió la puerta para reedificar la cercanía que ambos anhelábamos.

La restauración en nuestras relaciones humanas nos da un sabor finito del gozo que Dios experimenta cuando vamos a Él arrepentidos admitiendo nuestro pecado. Después de todo, a Dios le encanta perdonar. El amor alimenta su deseo de perdonar, igual que motiva su disposición a hacer del pecado un problema. Es esa clase de amor del que escribié Nehemías cuando oró:

*No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste (Nehemías 9:17).*

El mensaje del evangelio es el perdón que lleva a la reconciliación: la

restauración de la relación rota entre Dios y el hombre. Los que una vez estábamos alejados de Dios y viviendo en oposición a Él hemos sido acercados para disfrutar una relación restaurada con Él (Romanos 5:8-11; Colosenses 2:12-19).

## EL COSTO DEL PERDÓN

**S**e requiere un precio alto de las dos partes involucradas en el proceso del perdón. El mejor ejemplo del alto costo del perdón fue el que Dios pagó para perdonarnos a cada uno de nosotros: castigó a su Hijo por nuestro pecado. El Justo fue ejecutado por los injustos (1 Pedro 3:18).

Para el ofendido, el costo es renunciar a la exigencia de buscar la venganza ahora (Romanos 12:17-21), cancelando la deuda y procurando la restauración de la persona arrepentida.

Para el ofensor, el costo implica una confesión humilde y arrepentimiento, negarse a ocultar lo que uno hizo, aceptar que se hizo lo que se hizo, asumir la plena responsabilidad de las acciones propias y las consecuencias de esas acciones, hacer restitución siempre que sea posible, negarse a dar excusas, y un quebrantamiento que suplica misericordia y recibe gracia con agradecimiento.

---

*... Cristo padeció  
una sola vez  
por los pecados, el  
justo por los injustos,  
para llevarnos a  
Dios, siendo a  
la verdad muerto  
en la carne, pero  
vivificado en espíritu.*

—1 Pedro 3:18

---

Aunque el costo del perdón es alto tanto para el ofendido como para el ofensor, el precio bien vale el gozo de la restauración y la liberación que vienen gracias a la renovación de la relación.

## REQUISITOS PREVIOS PARA UNA VIDA PERDONADORA

¿Qué tenemos que hacer para que el perdón sea un estilo de vida? Las sugerencias siguientes dan un punto de partida para procurar un espíritu perdonador.

**Cuando tenga que perdonar, piense que es el proceso de toda una vida.** El perdón no es un acontecimiento que sucede una vez para siempre. Es un proceso continuo de cancelar las deudas de

aquellos que nos fallan una y otra y otra vez. ¿Recuerda Lucas 17? Allí Jesús dijo a sus discípulos que si un hermano pecaba contra ellos siete veces al día, y siete veces al día se arrepentía, ellos habían de perdonarlo.

Algunos podrían asumir que lo importante acerca de este pasaje es que Jesús hace de siete la mayor cantidad de veces que debemos perdonar en un día. El asunto no es el límite. Jesús estaba enseñando un principio de perdón ilimitado. Cuando Pedro en otra ocasión preguntó: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mateo 18:21-22).

El proceso no tiene fin.

**Cuando usted sea el ofensor, tenga cuidado de no exigir perdón.**

Tenga cuidado cuando pida perdón. El problema no radica tanto en las

palabras mismas, sino en las motivaciones de la persona que lo pide. Muchas peticiones de perdón no son más que exigencias ligeramente veladas para evitar el dolor de lo mal hecho y del daño causado.

Si el perdón se niega temporalmente, la verdad muchas veces sale a la luz. Si el ofensor trata de voltear las posiciones y avergonzar a la persona herida para que lo libere de culpa, entonces es obvio que la solicitud de perdón no es honesta. El verdadero arrepentimiento no reclama derechos al tiempo que pide misericordia por lo mal hecho. El verdadero arrepentimiento expresa un corazón quebrantado que no hace exigencias (Salmo 51:17).

**En espera de dolores futuros, empiece a desarrollar un corazón que perdona.** Existen al menos cuatro cualidades del carácter que nos pueden ayudar a desarrollar un

espíritu perdonador hacia aquellos que nos hacen daño.

**1. Una pasión por algo más de lo que el presente puede dar.** El placer inmediato de la dulce venganza sólo es temporal. En el Sermón del Monte, Jesús nos enseñó que debemos anhelar lo que con el tiempo demostrará ser más satisfactorio. Él dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). Aquí Jesús aprobó el anhelo de los caminos de Dios, quien, a su tiempo, satisfará los anhelos de los que le confían su bienestar.

Parte de la «justicia» que se puede anhelar es un amor cristiano por aquellos que en la actualidad nos están haciendo daño (Mateo 5:39-42; Lucas 6:32-36). Tal bondad podría parecer insensata e incluso autodestructiva a aquellos que viven por las reglas de este mundo. Pero ese

es el amor que nos puede distinguir como seguidores de Cristo y súbditos agradecidos del reino de los cielos.

Vivir en un mundo maldito por el pecado y lleno de enemigos puede ponernos de rodillas para orar: «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20). Para el corazón que ama, esto no es puro escapismo. Es también una razón para anhelar la obra de Dios en la vida de nuestros enemigos, para llevarlos al arrepentimiento que los preparará para el regreso de Cristo, el cual se puede producir en cualquier momento.

**2. Un quebrantamiento por medio de la tristeza y la aflicción.** A medida que nos hacemos más conscientes de lo mucho que necesitamos la misericordia y el perdón de Dios, estaremos más dispuestos a ofrecer perdón a los que confiesan y se arrepienten de sus pecados contra nosotros.

Pablo habló de una tristeza piadosa que lleva al arrepentimiento (2 Corintios 7:10). En la medida en que nosotros mismos hayamos experimentado esta tristeza piadosa por nuestros pecados, y en la medida en que hayamos gustado el perdón de Dios que de ello se deriva, podremos ayudar y apremiar a los demás por medio del arrepentimiento que los lleve al alivio de la misericordia de Dios.

### **3. Una negativa a procurar venganza.**

Imagínese que le dan a elegir entre: a) atormentar por toda la eternidad a los que más le han hecho daño (el que abusó de usted sexualmente, o su cónyuge infiel, o el que la violó en una cita de amor, o el conductor borracho que mató a su hijo, o los padres que abusaron de usted), o b) verlos quebrantados y de rodillas delante de Dios, que ha sido tan bueno con usted. ¿Cuál preferiría? Su

respuesta revela la condición de su corazón.

La venganza es natural; la bondad inmerecida, no. Los que viven separados de la gracia viven en diferentes estados de amargura, culpa, rabia, temor, separación y soledad. El veneno de un corazón que no perdona no sólo afecta al enemigo, sino que primero envenena al que está agarrando la botella.

Dejar la venganza en manos de Dios no es dejar de hacer justicia a aquellos que nos han hecho daño. Entregar nuestra justa queja a Dios no es decir a nuestro ofensor: «¿Sabes qué? No hay problema; da igual. No me importa lo que me hiciste». Por el contrario, es decir: «Opto por no procurar la venganza ahora. Voy a confiar en que Dios lidiará contigo a su tiempo y manera».

El negarse a pagar mal con mal puede desconcertar a la persona que sabe merece juicio. No es lo que espera.

Nuestro papel es asombrar a nuestros ofensores con una amabilidad inesperada que les dé la oportunidad de arrepentirse y recibir el perdón que Dios ya nos ha dado a nosotros.

### ***El papel de Dios es distribuir venganza.***

Nuestro desafío es creer tanto en Aquel que dice «mía es la venganza, yo pagaré» (Romanos 12:19) que supliquemos misericordia para nuestros ofensores.

**4. Un deseo valiente de amar a los demás como Dios nos ha amado.** Amar a los demás con tal pasión que los veamos recibir el mismo perdón que Dios nos ha dado a nosotros es una marca distintiva de una persona que conoce a Dios. No hay mayor razón para amar y perdonar a los demás que el darse cuenta de lo bondadoso y misericordioso que Dios ha sido con nosotros.

Jesús enseñó llanamente que una persona a quien

se le ha perdonado mucho ama mucho (Lucas 7:40-48). Y una persona que rehúsa perdonar «centavos» después que le han perdonado a ella «millones» merece un severo castigo (Mateo 18:23-35).

No es natural amar de esta forma. Nuestra misión no es hacer lo que sale naturalmente, sino tratar de amar y perdonar con sacrificio de las riquezas de Aquel que con Su sacrificio nos amó y nos perdonó. Nuestras acciones han de reflejar los esfuerzos de nuestro Padre celestial de reconciliar las relaciones interrumpidas. Nuestro amor ha de alimentar y moldear nuestra disposición a perdonar, de la misma forma en que el amor de Dios le hizo encontrar la manera de impedir que nuestro pecado nos separara de Él para siempre.

*Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y*

*nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación (2 Corintios 5:18-19).*

## **CONCEPTOS ERRADOS ACERCA DEL PERDÓN**

**I. Quitar importancia a la ofensa.** Para lidiar con una situación dolorosa que no podemos cambiar a veces nos hacemos de cuenta que nada pasó, que no fue tan importante, o que no fue tan malo como parecía en ese momento. Decimos: «No fue la gran cosa, o sea que no hay nada que perdonar».

Me senté a conversar con una mujer de quien su padre abusaba brutal y metódicamente. Cuando le pregunté de su crianza contestó: «Fue una niñez

bastante normal: buenos tiempos, vacaciones familiares, lo normal». No fue hasta varios meses después que empezó a liberar su opresión sobre los recuerdos de abuso que continuamente aterrorizaban sus noches y paralizaron sus relaciones con los hombres por más de 40 años.

Quitar importancia a la ofensa sólo sirvió para suprimir su crecimiento y evitar enfrentar cara a cara la horrible realidad en la que había crecido. Pero no fue hasta que comenzó a enfrentar la verdad del daño que le habían hecho que se sintió más liberada. Sólo entonces fue posible avanzar hacia la piedad y hacia una belleza restaurada de su femineidad.

Hay muchas maneras de restar importancia a las ofensas: «El tío Guillermo es así. No quiso hacerte daño. No tienes que perdonarlo por eso. No más acéptalo como es».

«No te tomes las cosas tan en serio. Eres demasiado sensible». «No esperes tanto de la gente».

Al reducir así las expectativas, el perdón se ve como una herramienta de emergencia sacada de la caja de herramientas del cristiano únicamente en ocasiones graves, pero no regularmente.

Es cierto que algunas personas llegan demasiado lejos en la dirección opuesta. No parecen capaces de dejar pasar ni las más mínimas ofensas, y creen que siempre deben confrontarlo todo. Eso también es un obstáculo a una perspectiva saludable del perdón. Debemos esforzarnos por encontrar un equilibrio entre los extremos destructivos de confrontar el pecado nunca o siempre. El pensar demasiado en la seguridad personal es la base de ambos extremos.

## **2. Perdonar y olvidar.**

Muchos creen que perdonar significa olvidar. Es posible que se apoyen en Jeremías

31:34, versículo que cita a Dios diciendo: «... perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado». La lógica resultante es: «Cuando Dios nos perdona, en realidad borra nuestros pecados de su memoria». Basándose en eso, dichas personas razonan: «Hemos de perdonarnos unos a otros de la manera en que Dios nos perdona. Puesto que Él ha olvidado las ofensas que cometimos contra Él, nosotros también olvidaremos cuando hayamos perdonado de verdad».

Sin embargo, Dios *no olvida* el pecado cuando lo perdona. De eternidad a eternidad, Él es omnisciente. Es el autor de las Escrituras, el que registró el pecado de David en la Biblia después de haberlo perdonado. Lo mismo sucede con Adán, Abraham, Moisés, Pablo, Pedro y el resto de las personas perdonadas en la Biblia.

A Dios no se le considera amoroso porque opte por

olvidar el pecado perdonado, sino porque opta por no tenerlo en contra nuestra. Eso es lo que el salmista deseó cuando dijo:

*No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; vengan pronto tus misericordias a encontrarnos, porque estamos muy abatidos (Salmo 79:8).*

Dios recuerda que Rahab era una ramera, que David era un adúltero, que Moisés era un asesino, que Abraham era un mentiroso, que Pablo mató cristianos, y que Pedro negó a su Salvador y a veces hablaba palabras que eran más demoníacas que piadosas. Él recuerda sus pecados, no para avergonzarlos, sino para decirnos la verdad acerca de aquellos a quienes le encanta perdonar y restaurar a la comunión con Él.

Lo de «perdonar y olvidar» es un intento de encontrar una manera de

escapar del dolor pasado. Pero se basa en una suposición errada. Dios no nos enseña a olvidar, sino más bien a no tener los pecados en contra de los demás. Por medio de su ejemplo, y de la ayuda del Espíritu Santo, nos capacita para perdonar por amor incluso aquellas faltas que recordamos.

**3. Perdonar para su propio bien.** Este enfoque del perdón sale de la enseñanza «ámate a ti mismo primero». En su libro *Perdonar: Una decisión valiente que nos traerá paz de corazón* (Ediciones Urano, S.A. 2004), Robin Casarjian, una psicoterapeuta secular, afirma que el perdón es un medio de ayudar a la gente a deshacerse de un viejo enojo y resentimiento. Suena bien. Pero ¿cómo define ella el perdón? En una entrevista afirmó lo siguiente:

Muchas veces, cuando la gente piensa en el perdón cree que va a hacer algo

por otra persona. [...] De lo que no se dan cuenta es de que en realidad, el perdón es un acto de interés propio. Nos estamos haciendo un favor a nosotros mismos porque nos hacemos más libres para tener una vida más pacífica. Dejamos de ser víctimas emocionales de los demás (*New Age Journal*, Sept/Oct 1993, p.78).

Mucha gente en nuestro tiempo ha satisfecho su anhelo legítimo de paz adoptando este enfoque incondicional del perdón. Perdonar por nuestro propio bien sí alivia la rabia y la amargura. Nos permite liberarnos de las emociones amargas de venganza. También nos permite tratar a los que nos han hecho daño de una forma que parece cristiana. Pero si lo examinamos más de cerca, es un caballo de Troya que amenaza con socavar el amoroso perdón que

enseña la Biblia. El peligro es que cambia el perdón de una expresión de amor a un acto egocéntrico de autoprotección.

Pero, ¿no nos perdona Dios incondicionalmente? No. Cuando nos da el perdón inicial en la salvación, lo hace sobre la base de nuestro arrepentimiento. Dios nos perdona cuando dejamos de creer que podemos cuidarnos a nosotros mismos, y cuando empezamos a creer que sólo Cristo puede salvarnos por medio de su propio sacrificio y su vida.

---

*Si confesamos  
nuestros pecados,  
él es fiel y justo  
para perdonar  
nuestros pecados,  
y limpiarnos  
de toda maldad*

—1 Juan 1:9

---

Lo mismo sucede con el perdón familiar que entra en juego una vez nos hacemos hijos de Dios. Juan dice claramente que Dios no libera incondicionalmente a los hijos que pecan de la responsabilidad de sus decisiones. Él escribió:

*Si confesamos nuestros  
pecados, él es fiel y  
justo para perdonar  
nuestros pecados, y  
limpiarnos de toda maldad  
(1 Juan 1:9).*

Aunque es necesario que amemos para demostrar el perdón cristiano, no es necesario que perdonemos para demostrar el amor cristiano. La respuesta no es perdonar incondicionalmente, sino hacer la pregunta: «¿Qué requiere el amor?», tanto el amor a Dios como el amor a los que nos han hecho daño.

# UN ESTUDIO DE CASO DEL PERDÓN

## (GÉNESIS 37-50)

**J**osé era el hijo que su padre tuvo en la vejez. Fue criado con diez medio hermanos mayores, un hermano menor y varias hermanas. Los primeros años de su vida fueron perturbadores. Sus hermanos mayores lo despreciaban porque su padre no escondía su especial amor hacia él. Cuando tenía 17 años conspiraron para matarlo. Pero lo echaron en una cisterna vacía e ignoraron sus súplicas desesperadas de ayuda. Posteriormente lo vendieron a un grupo de mercaderes que iban de camino a Egipto, y entonces informaron a su padre que un animal salvaje lo había matado.

A José lo llevaron involuntariamente a tierras extranjeras y lo vendieron

como esclavo al capitán de la guardia del palacio de Egipto. Luego su vida empeoró. Lo acusaron falsamente de acosar sexualmente a la esposa de su patrón, lo obligaron a ir a prisión injustamente, y alguien que pudo haber intercedido por él ante los funcionarios del gobierno lo olvidó en la cárcel. Si había alguien que tenía razón para estar amargado y enojado y para querer vengarse era José.

Lo asombroso de la historia de José es que a pesar de todas las tragedias que le vinieron, llegó a ser, a los 30 años de edad, el gobernador designado por el Faraón para gobernar todo Egipto. Lo que es incluso más asombroso es que José es uno de los mejores estudios sobre el perdón que tiene la Biblia. Con el tiempo perdonó a sus hermanos y se convirtió, igual que ellos, en uno de los padres de las 12 tribus de Israel.

José también ayuda a entender el proceso del perdón. Y lo que es más importante, nos muestra que podemos perdonar a los demás cuando nos damos cuenta de que nuestro bienestar no está en las manos de aquellos que nos han hecho daño.

---

***Podemos perdonar  
a los demás  
cuando nos damos  
cuenta de que  
nuestro bienestar no  
está en las manos  
de aquellos que nos  
han hecho daño.***

---

El proceso del perdón por el que pasó José merece un estudio cuidadoso. Génesis 42–50 escribe la prolongada serie de acontecimientos por medio de los cuales tanto José como sus hermanos enfrentaron el pecado contra

él. El perdón no ocurrió de la noche a la mañana. El daño que sus hermanos habían causado dejó profundos sentimientos de culpa en ellos y amargos recuerdos en José.

El proceso de reconciliación lo empezó Dios. Una extendida hambruna hizo que Jacob enviara a sus hijos a Egipto a buscar comida. Los ingenuos hermanos terminaron frente a frente al gobernador de Egipto. Lo que no sabían era que estaban mirando a su propio hermano. Él los reconoció, pero no reveló su identidad. Más bien, José los acusó de ser espías, los puso en la cárcel, y luego concibió un plan que, a medida que se desarrolló, produjo gran tensión en la vida de sus hermanos.

En un momento determinado, José oyó a sus hermanos especular que Dios les estaba castigando por el pecado que cometieron muchos años antes. Al

escuchar su confesión, se alejó de ellos y lloró (42:21-24).

José no se reconcilió con el pasado rápidamente. Él trató de evitar el dolor de toda la verdad. Cuando finalmente se dio a conocer a sus atemorizados hermanos, intentó restarle importancia al daño que ellos le habían hecho. Dijo:

*Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros (45:5).*

Sin embargo, esa tranquilidad incompleta no cerró las heridas del pasado. Cierta vez después, cuando su padre murió, sus hermanos se preocuparon pensando que José podía usar la ocasión para vengarse. Una vez más le suplicaron que les perdonara. Por último, José aceptó plenamente el mal que ellos hicieron. Les dijo: «Vosotros pensasteis mal contra mí,

mas Dios lo encaminó a bien...» (50:20). Luego el texto dice que José consoló y animó a sus hermanos.

El proceso de perdonar finalmente terminó. La restauración de la relación fue dulce. José pudo perdonar completamente el mal que reconoció de lleno. Pudo perdonar porque había entendido que su bienestar y provisiones no estaban en manos de sus hermanos. Él estaba en manos de Dios, su proveedor.

## UNA PARÁBOLA DEL PERDÓN (LUCAS 15:11-31)

**O**tra hermosa perspectiva sobre el perdón es la que nos da la bien conocida historia que contó Jesús del hijo pródigo. Aquí vemos evidencia de:

**Un corazón arrepentido.** El hijo pródigo demuestra un

corazón arrepentido que se quebrantó cuando él volvió a sus cabales y decidió regresar a casa con su padre. El arrepentimiento es un quebrantamiento y un cambio de la dirección de la vida que se caracteriza por:

- **Una hambre de restauración.** Él anhelaba algo más de lo que tenía en su pecado. Anhelaba ir a casa (v. 16).
- **Una confesión humilde.** Reconoció voluntariamente su violación egoísta del amor, primero hacia Dios y luego hacia los demás (vv. 18-19).
- **Una súplica de misericordia.** Reconoció que no merecía nada y suplicó misericordia, que se le dejara trabajar como esclavo, sin exigir la restauración a su posición anterior en la familia (v. 21).

**Un corazón perdonador.** Es el padre en la historia el que

representa el inesperado corazón perdonador de Dios en respuesta a un arrepentimiento genuino, el cual se caracteriza por:

- **Una expectativa llena de esperanza.** El padre nunca dejó de esperar el arrepentimiento y regreso de su hijo a casa para ser restaurado. Fue perseverante en la oración y en buscar intensamente el día en que pudiera ver la forma familiar de su hijo en el horizonte (v. 20). El anhelo esperanzador de restauración nunca se apagó en el corazón del padre.
- **Un amor valiente.** El padre estaba dispuesto a humillarse a sí mismo y a no conformarse al mandato cultural de su época de hacer que su hijo se humillara completamente. Más bien, en un acto espontáneo y jubiloso de amor, corrió a abrazar a su hijo (v. 20).

- **Una misericordia generosa.** El perdón fue otorgado con gozo porque él percibió el arrepentimiento en el corazón de su hijo y lo restauró de una manera inaudita (v. 22).
- **Una celebración de arrepentimiento.** El padre planificó una fiesta para celebrar el regreso de su hijo. Su hijo iba en una dirección que produjo separación y muerte a su relación, pero ahora estaba vivo y reconciliado con su padre (vv. 23-24).

**Un corazón no perdonador.** El hijo mayor (representativo de los fariseos que estaban escuchando la parábola) es un estudio de la obstinada negativa a perdonar, que se caracteriza por:

- **Dureza.** No estaba dispuesto a considerar la restauración de su necio hermano menor. Sentía una justificada frialdad hacia su hermano, y se escandalizó de que su

padre todavía quisiera mantener una relación con un hijo que lo había ofendido tan profundamente (v. 28).

- **Exigencia de venganza.** Su atención estaba sólo en castigar inmediatamente a su hermano por lo que había hecho, y no en lo que había cambiado su corazón. Él quería que su hermano pagara por lo que había hecho. No tenía misericordia ni deseo alguno de reconciliación (v. 28).
- **Una negativa arrogante a celebrar.** El hijo mayor no quería relacionarse ni con su hermano ni con su padre (v. 28). Perdió una oportunidad de tener gozo y celebrar porque estaba pensando demasiado en sí mismo. Perdió el amoroso corazón del padre que anhelaba restauración. Más bien se retiró enojado con una indignación autojustificada y una presunción de estar en lo correcto, y se negó a

reconocer que lo que estaba haciendo estaba causando tanto dolor y separación entre él y su padre como los que causó su hermano menor.

---

***Nuestra falta de disposición a amar a los que nos han hecho daño refleja que no entendemos cuánto nos ha amado Dios.***

---

La negativa a perdonar indica un corazón obstinado y rebelde que no ha bebido profundamente de las aguas de la gracia y misericordia en el pozo del perdón de Dios (Lucas 7:47).

Nuestra falta de disposición a amar a los que nos han hecho daño refleja que no entendemos cuánto nos ha amado Dios. El apóstol Pedro nos recordó esto en el primer capítulo de su Segunda Carta

neotestamentaria. Después de describir siete gracias esenciales y progresivas, las cuales culminan en piedad, afecto fraternal y amor (2 Pedro 1:5-7), añadió:

*Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados (vv. 8-9).*

## **LA PARADOJA DEL AMOR QUE PERDONA**

**E**l concepto de amor de Dios es radicalmente distinto del nuestro. Nosotros tendemos a amar lo que nos gusta. Él ama lo que más nos conviene. Nosotros nos inclinamos a perdonar cuando creemos que es

lo mejor para nosotros. Él quiere que perdonemos cuando es lo mejor para la otra persona. Nosotros nos inclinamos a aceptar lo que es cómodo y a evitar lo que causa dolor. Él nos dice:

*El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno (Romanos 12:9).*

Amar a los demás requiere que estemos dispuestos a perdonar. Perdonar a los demás requiere que estemos dispuestos a amar. Ambos requieren una relación con Dios cada vez más profunda que nos convierta en un reflejo de Su buen corazón hacia aquellos con quienes nos relacionamos. Porque entonces, y sólo entonces, «se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (1 Juan 4:17).

Esta capacidad de amar y perdonar puede empezar únicamente cuando primero

hayamos sido perdonados por Dios. ¿Ha dado usted ese primer paso? ¿Ha experimentado el gozo de una relación restaurada con Dios por medio del perdón de sus pecados que Él ofrece a través de la fe en su Hijo? Si no lo ha hecho, humíllese, reconozca su incapacidad de pagar la deuda por su pecado, pídale que le perdone, y acepte Su regalo de perdón. La deuda ya ha sido pagada. La oferta está en pie.

Acepte a Cristo hoy y comience a experimentar la libertad de perdonar a los demás como Dios, por amor a Cristo, le ha perdonado a usted.

Tim Jackson es consejero profesional con licencia del estado de Michigan y jefe del departamento de consejería y correspondencia bíblica de RBC Ministries.